

RESPUESTA A LAUREANO GARCIA ORTIZ

Por ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Señores académicos:

La Academia Colombiana está de plácemes. Hoy recibe entre sus socios de número al eminente literato y hombre público don Laureano García Ortiz. Nombrado hace muchos años, su recepción no pudo efectuarse antes, como lo deseaban por igual esta corporación y el académico clecto, porque las misiones diplomáticas que ha desempeñado con tanta inteligencia como patriotismo el señor García Ortiz, lo han mantenido alejado, por largos períodos, de la patria. Hoy mismo tenemos que aprovechar una tregua, talvez muy breve, en la agitada carrera pública de nuestro compañero, para que tome posesión de la silla que, por reiterada elección, le señaló la Academia. Acabáis de oír su discurso y bastaría esta pieza, si otros muchos títulos no tuviera el recipiendario, para explicar el interés mostrado por la Academia en agregar su nombre a la lista de sus miembros de número, tan mermado en los últimos años por la acción implacable de la muerte, que arrebató, uno tras otro, a varios preclaros miembros de este Instituto.

Hay personas para quienes el tiempo es pródigo en generosas concesiones; y parece que se dilata y amplía a fin de que los minutos den el rendimiento de las horas, y éstas tengan la capacidad de los días. Nadie tan favorecido por este aspecto como el señor García Ortiz. La última hora es para él de extraordinaria fecundidad. Realiza en ella verdaderos prodigios. Estoy seguro de que la magnífica oración que acabáis de oír y que a otros hábiles escritores hubiera costado semanas de meditación y de trabajo, la ha improvisado él en unas cuantas horas. Honrado con el encargo de contestarle, me hallo en la dificultad de que no pude disfrutar oportunamente de las primicias de su discurso; y desconociendo el arte de sobornar al tiempo, no he pretendido siquiera hacer una contestación digna de la solemnidad. Voy pues a dar sencillamente la bienvenida al señor García Ortiz; y lo hago con gran complacencia, por tratarse de una persona a quien profeso la estimación más alta y el más sincero afecto; y porque la opacidad de mis palabras contribuirá a hacer resaltar aún más el brillo y la elocuencia de las del señor García Ortiz.

Representa el nuevo académico un ejemplar característico entre los varios que suelen juntarse en institutos como el nuestro. Porque hay academias como la francesa de Inscripciones y Bellas Letras, que tienen que componerse de especialistas dedicados exclusivamente a ese género de erudición. Pero las academias formadas sobre el tipo de la francesa, creación del genio de Richelieu, aun cuando tienen como fin directo los estudios lexicográficos, abarcan un campo de acción más vasto; y en su seno caben todas las personalidades eminentes que, de un modo o de otro, representan la cultura intelectual de la nación. Así hemos visto en Francia recibir la

investidura académica a los gloriosos mariscales de la gran guerra, que junto con la espada, manejaban elegantemente la pluma. Dos presidentes de la república, Deschanel y Poincaré, han ocupado el sillón académico. En España, la república, en sus dos períodos, ha dado a la Academia de la Lengua, primero, a Emilio Castelar, el orador incomparable, y ahora, al actual jefe del poder ejecutivo. Nuestra Academia se honra con los nombres de seis presidentes de la república, de algunos de los cuales puede decirse que debieron, en parte a lo menos, su elevación, a su gran prestigio como hombres de letras. Todo esto responde muy bien a uno de los rasgos característicos de nuestra fisonomía nacional. Colombia es una nación literaria. No en el sentido vulgar de que todos sus hijos sean versificadores y repentistas, como se repite en el exterior, unas veces con admiración, otras con cierta ironía, sino en un sentido mucho más alto y que interesa más hondamente a la cultura del país. Es pueblo literario porque ama la lengua y se afana por cultivarla con pureza y elegancia, como elemento sustancial de la nacionalidad. Es pueblo literario porque cree que la corrección y pureza del estilo no sólo no estorba, sino que da singular realce y mayor fuerza de convicción aun a cosas extrañas por su naturaleza a la literatura, como un alegato forense, un discurso político, una correspondencia epistolar; y porque estima que la poesía, en su genuino sentido, no como vano juego de vocablos sino como la expresión de los más altos y nobles sentimientos, el amor a Dios, a la patria, a la mujer, es un don celeste, no concedido a todos los pueblos, y que el que lo recibe debe considerar como la flor más espléndida de su cultura.

El señor García Ortiz, agricultor, empresario, banquero, periodista, diplomático y ministro de Estado, ha sido, en todas las etapas y circunstancias de su vida, un hombre de letras. Sus informes reglamentarios, sus editoriales políticos, sus discursos de varia índole, todo cuanto ha salido de su pluma, revela al escritor de raza. Como diplomático, ha obtenido grandes éxitos con documentos epistolares en que la exposición clara, documentada y lógica, corre parejas con el vigor varonil del estilo, no exento de aquella ironía que es una de las armas de combate que él maneja con más desenvoltura. Porque nadie ignora que el señor García Ortiz es un grande ironista; y que, cuando habla, sabe preparar el golpe con delectación de artista, y darlo, no con maza, sino con estilete florentino.

La fama de buen orador acompañó al señor García Ortiz desde su primera juventud. A ella debió el ser escogido para llevar la palabra en una ocasión solemne. Era en 1897, época de tremenda agitación política, precursora de la guerra civil, que ya se diseñaba en el horizonte. Hubo un gran banquete político y él fue designado para ofrecerlo. En medio de los viejos guerreros y provecos personajes de su partido, resaltaba aún más la figura juvenil de García Ortiz. Pronunció un discurso de netas declaraciones políticas, pero de tono digno y decoroso y que hacía contraste con el lenguaje violento de la prensa de oposición. El egregio presidente Caro, objeto entonces de furiosos ataques, envió una expresiva felicitación a García Ortiz, por quien tuvo siempre una grande estimación. En ese

banquete, el orador tuvo un rasgo que acredita la independencia de su carácter y la elevación de su concepto de patria. A la hora de los brindis, hizo tocar el himno nacional. Fue grande la sorpresa. Las preocupaciones de partido se obstinaban en mirar con desvío el himno, cuya letra procedía de pluma adversaria. Pero la reacción fue inmediata: toda la concurrencia, encabezada por los prestigiosos generales Acosta y Camargo, se puso de pie. Con este acto, se anticipó el señor García Ortiz en varios años al movimiento unánime de la conciencia nacional, que no se resignó a seguir indefinidamente muda en las grandes solemnidades, y comprendió que ese himno no podía pertenecer a ninguna parcialidad política, porque en sus sonoras y viriles notas vibra el alma de la patria.

No ha sido el señor García Ortiz un hombre de gabinete, un literato de profesión. Aun cuando posea una de las más grandes bibliotecas del país, y encerrado en ella hubiera podido llevar una existencia de benedictino, ni su carácter, ni las circunstancias que lo han rodeado, ni esa fuerza oculta que se llama destino, le hubieran consentido llevar una vida retirada y tranquila, lejos de las agitaciones y de la lucha de los partidos. No había nacido él para consagrarse a labores de erudición metódica y paciente, de esas que pueden ocupar la vida de un hombre con el esclarecimiento de un punto histórico, con el estudio de un problema científico. Es un hombre de acción, ante todo, en el verdadero y noble sentido de la palabra, con las consecuencias, favorables unas, otras adversas, que en un país como el nuestro tiene una vocación de esta clase. Sus estudios históricos, sociológicos y económicos, sus exploraciones en el campo literario, no han sido simple recreo o alimento de su inteligencia, sino que se han reflejado en la vida práctica, como dirección o estímulo de su actividad. Su carrera ha sido de lucha constante, aceptada con valor, adelantada con tenacidad de montañés y sostenida con valor civil y denuedo personal que le han valido triunfos, cuando sus adversarios esperaban derrotas. No en vano lleva en sus venas sangre de próceres y de patricios antioqueños; no en vano procede de una estirpe en que ha habido ejemplares de energía tan formidables como el célebre presidente ecuatoriano García Moreno. Otros sucumben en esta clase de luchas, desalentados o heridos de muerte, ante el espectáculo del odio gratuito, de la traición de los amigos, de la envidia, armada de la calumnia, de la sonrisa de satisfacción que asoma a muchos labios al ver cubierto de oprobio al que se juzgaba feliz y poderoso. Pero hay también temperamentos de hierro que no se alteran por las vicisitudes de la fortuna y que, firmes en la convicción de su propia fortaleza, no se humillan ni se abaten, y al cabo obtienen el triunfo. Quedan en el alma las cicatrices; pero el luchador está en pie, pronto a entrar en nuevos combates, si altos intereses así lo demandan.

No puede desconocerse, además, que para el señor García Ortiz la lucha es un placer. Como el púgil que no pierde ocasión de poner en actividad sus miembros, nuestro nuevo compañero se complace en las controversias, para lo cual cuenta con recursos dialécticos de primer orden y con una agilidad de expresión que le per-

mite recorrer todos los tonos, desde el festivo con el cual refiere una anécdota picante, hasta el fuerte y vigoroso con que expresa el entusiasmo o la pasión. No es de los que se dejan imponer las opiniones ajenas; antes bien, toda idea de imposición despierta en él el espíritu de contradicción, el deseo de mostrar la autonomía de su personal criterio. Hay individuos que están siempre dispuestos a dar su aquiescencia a la opinión de la persona con quien hablan; el señor García Ortiz creería haber perdido una de las mejores prerrogativas de su ser de hombre libre, si tuviera que renunciar al derecho de discutir lo que los otros piensan y aun de darse el placer voluntarioso de no aceptar una opinión generalmente recibida. Su espíritu saca fuerzas de la contradicción, como si, al choque con las ideas contrarias, brotaran de su cerebro chispas de luz.

Cultiva el señor García Ortiz, como pocos hoy día, el arte de la conversación, el cual, como todo arte, requiere facultades nativas que se desarrollan con el ejercicio. El mismo le puso a su preciosa selección de artículos este sugestivo título: *Conversando*. Todo el mundo lo reconoce como un gran *causeur*. Pido perdón por el uso de esta voz extranjera en el seno de la Academia de la Lengua, pero la verdad es que no hallo una expresión castiza que diga todo lo que va envuelto en esta palabra francesa. La *causeur* no es la simple charla, es la conversación en sociedad con sencillez y elegancia, con chispa y con ingenio; es una de las formas más elevadas y auténticas de la cultura de un pueblo. Porque la palabra escrita nunca tiene la viveza y el brillo de la palabra hablada, esa que brota fresca y espontánea de los labios y que tiene la animación de la vida. ¡Feliz el que posee este don envidiable y tiene ocasión de manifestarlo en el seno de una sociedad inteligente y culta! La conversación requiere el ambiente tibio y perfumado de los salones, para desplegar libremente sus deslumbrantes alas de mariposa. De aquí que llegara a su apogeo en Francia en el siglo XVIII, cuando la literatura tomó un carácter social: y damas ilustres por su ingenio y su elegancia iniciaron aquellos salones literarios, adonde concurrían las celebridades de la época a recibir su definitiva consagración. Porque el ingenio necesita pulimento, y este no lo da sino el trato social, como sólo la continua ondulación de las aguas da a las pedrezuelas del arroyo formas tersas y delicadas. En esos salones reinaba el *bel esprit* con todo su cortejo de gracias maliciosas, y de exquisito refinamiento; con su fraseología galante y artísticamente voluptuosa. El salón es uno de los rasgos característicos de una sociedad que se deleitaba con las fantasías dramáticas de Marivaux y los muelles y encantadores cuadros de Fragonard.

Esta moda, como todas las que proceden de Francia, se extendió por el mundo entero. Uno de los primeros síntomas de renovación de la vida colonial en el Nuevo Reino de Granada fue la fundación de la tertulia del Buen Gusto, debida a una ilustre dama, doña Manuela Santamaría de Manrique, la cual reunió en torno suyo a unos cuantos jóvenes destinados a ser grandes figuras de la patria. Con posterioridad no hubo salones que tuvieran oficialmente, por decirlo así, el carácter de tertulias literarias; pero sí

había casas aristocráticas en donde se recibía con frecuencia, y en donde la propia dueña daba el ejemplo de espiritual y sabrosa conversación. El señor García Ortiz pudo, en sus años juveniles, disfrutar del trato de algunas de esas damas que fueron honra de nuestra sociedad. Sus nombres acuden sin duda a su memoria, como a la mía. Un recuerdo simpático de esa manifestación de cultura se encuentra en los libros de ilustres viajeros: en los de los argentinos Cané y García Merou y en el precioso de D'Espagnat, eminente escritor francés, muerto prematuramente, por desgracia para Colombia, con la cual estaba ligado con vínculos de afecto y simpatía.

Hoy viven entre nosotros hijas y nietas de esas egregias damas, dignas herederas de su distinción e inteligencia; aún vive por fortuna, y está presente, una de esas grandes señoras, honra además del arte colombiano (1); pero las costumbres sociales han cambiado; las tertulias nocturnas han sido reemplazadas por las partidas de *bridge*, casi exclusivamente para damas, que exigen alto y profundo silencio, ni siquiera interrumpido por el funcionamiento ágil e ingenioso de la tijera de la crítica, que unas veces roza apenas la piel y otras saca sangre, porque el chiste bogotano es capaz de acabar con un personaje, disolver un grupo, y hasta comprometer una situación política, con un apodo, con una frase intencionada. Claro está que yo no abogo por el cultivo de la malevolencia, pero sí lamento que se descuide el de la conversación discreta, chispeante y amable, con un grano de sal que la sazone.

Conversar es una necesidad imperiosa para el hombre, ser sociable por excelencia. Cuenta Victor Hugo en *Los Miserables* — y puede que sea verdad — que el retórico Gymnastoras, preso y aislado durante muchos años, cuando recobró su libertad sentía urgencia tan irresistible de platicar con alguien, que, no encontrando a mano un semejante suyo, se encaró con un árbol y lo apostrofió, pretendiendo convencerlo con todos los argumentos y silogismos que había ido acumulando durante su reclusión. Entre los grandes sacrificios que impone la vida eremítica y la del cartujo, considero como uno de los mayores el de guardar constante silencio, más duro quizá que las maceraciones y los ayunos. Sólo que esas almas, desasidas del mundo, viven en coloquio con el cielo, privilegio a que no pueden aspirar los profanos.

Tocóle al señor García Ortiz venir a Bogotá en una época que algunos se empeñan en considerar desteñida y poco agradable, pero en la cual había un grupo de hombres de primer orden, como no lo veía el país desde la generación milagrosa de la Independencia; y al lado de ellos, unos cuantos mozos de la mejor sociedad, elegantes, simpáticos, dotados de chispeante ingenio y de asombrosa facilidad de improvisación. El aspecto de la ciudad era ciertamente pobre y melancólico; pero traspuesto el umbral de las casas señoriales, el espectáculo cambiaba por completo. Tuvo el señor García Ortiz la suerte de ser compañero de andanzas juveniles y de lecturas literarias de José Asunción Silva, que apareció en aquel medio,

(1) Doña Teresa Tanco de Herrera.

no como flor maldita ni exótica, sino como un fruto refinado de aquella cultura, y de una sociedad que estaba próxima a realizar una trascendental evolución, de la cual el poeta fue a modo de astro precursor, pronto hundido en el ocaso de tremenda catástrofe.

El don de la palabra, que posee con gran señorío el nuevo académico, es tan envidiable y proporciona a sus elegidos goces tan intensos, que fácilmente puede adquirir exclusiva preponderancia y alejar al orador de la tarea, más lenta y difícil, de consignar por escrito lo que sin esfuerzo brota de los labios. De aquí que haya habido grandes artistas de la palabra cuya producción escrita aparezca exigua ante la posteridad, que no logró la suerte de escucharlos. Y es que tiene que ser un placer sumo, digno de los dioses, ese de sentirse dueño despótico del idioma que, al conjuro del orador, se convierte en materia blanda y maleable, pronta a recibir las formas más delicadas y hermosas. Así como hay individuos para quienes las palabras pesan como lingotes de fierro, que sólo pueden mover lenta y toscamente, para el orador son a manera de alado y armonioso enjambre, que va a llevar a los oyentes la miel de los nobles conceptos y de las elevadas enseñanzas, o clava en los contrarios el aguijón de la burla o de la sátira. ¡Dichoso el que posee privilegio tan soberano, y más dichoso el que lo emplea en servicio de la verdad y del bien, en el culto de lo grande y de lo bello!

No fatigaré por más tiempo vuestra atención. Evocaré para terminar las figuras ilustres de los dos predecesores del señor García Ortiz. Afines en ideas con él, dijérase que sus sombras vienen a acompañarlo en esta solemne ocasión. Don Felipe Zapata fue uno de los doce grandes escritores que hicieron de la primitiva Academia un augusto senado de las letras. Perteneció por muchos años a la corporación; pero, desgraciadamente, dedicó poco tiempo al cultivo de la literatura. Su pluma diamantina se ejerció principalmente en asuntos políticos y económicos. El general Uribe no alcanzó a tomar posesión de su plaza. Se disponía a hacerlo cuando hierro infame segó su vida en plena actividad. Su primer libro, un diccionario de provincialismos, parecía anunciar un cultivador de los estudios filológicos. Luego fue un ejemplar auténtico de la vertiginosa vida de nuestras democracias. Su espíritu era semejante a esos volcanes americanos que conmueven el continente y que mantienen fuego perpetuo en sus entrañas. Tanto Zapata como Uribe fueron vehementes polemistas; en sus armaduras cayó el polvo de la liza; hoy, transportados a la región del reposo eterno, la nación los ha colocado en el panteón de sus hijos ilustres. En la tierra, las ideas y las pasiones dividen a los hombres; en el templo de la gloria todos se reconocen como hermanos.

Hago votos por que la permanencia del señor García Ortiz en esta Academia sea larga y fructuosa; y que su hábil pluma nos dé trabajos históricos de tanto precio como el estudio sobre el carácter del general Santander, y discursos como el que dedicó a Bolívar, en el cual hay rasgos de alta y generosa elocuencia.

En nombre de la Academia Colombiana saludo al escritor eminente, al amigo de toda la vida.